

EL URBANISMO FENICIO DE ÉPOCA
ARCAICA Y SU IMPACTO EN LAS
SOCIEDADES AUTÓCTONAS

Carlos G. Wagner

RESUMEN:

Hablar de la ciudad es también hablar de una sociedad estratificada y formas complejas de gobierno. Pero hay distintas formas de estratificación, como hay diversas clases de ciudades. Se puede distinguir también entre las manifestaciones de un urbanismo compacto y aquellas otras propias de un urbanismo difuso. En cuanto al impacto del urbanismo fenicio sobre los indígenas, la primera distinción pertinente establece una diferencia neta entre la adopción de las técnicas constructivas y la adopción de la mentalidad y usos que subyacen tras una determinada concepción del espacio doméstico y la organización del hábitat. En líneas generales se puede afirmar que las sociedades autóctonas adoptaron algunos elementos y soluciones constructivas propias del urbanismo fenicio, como la planta cuadrangular de las viviendas y el empleo de revestimientos elaborados recubriendo la superficie de las estructuras, pero no la concepción ni distribución de la casa fenicia de varias estancias, cerrada al exterior y abierta a un patio interior. En lo que a la arquitectura pública o “monumental” concierne, los datos disponibles sugieren una temprana presencia fenicia en aquellos sitios en que se constata.

PALABRAS CLAVE: fenicios, urbanismo, colonización.

ABSTRACT:

Every reference to towns also implies a reference to a stratified society and complex political structures. But stratification adopts different shapes, as there are different kinds of towns. It is also possible to distinguish the expressions of a compact town planning from those characteristic of a vague urban development. Concerning the impact that Phoenician urban development had on the natives, the first appropriate distinction sets a clear difference between the adoption of the building techniques and the adoption of the mentality and uses that underlie a particular understanding of the house space and the habitat organization. In general terms, it can be stated that the autochthonous societies took over some items and constructive solutions that were distinctive of the Phoenician town planning, such as the quadrangular base for houses and the use of elaborate coatings for structure surfaces, not adopting either the idea or the distribution of the Phoenician house with several chambers, closed to the exterior but opened to an inner yard. Concerning public or “monumental” architecture, the available data suggest an early Phoenician presence in those places in which such an architecture exists.

KEY WORDS: phoenician, town planning, colonization.

El tránsito de las formas de vida aldeanas a las urbanas en la Península Ibérica durante la protohistoria constituye un tema que plantea no pocos problemas a la investigación. Unos son de índole metodológica, y no los menos importantes, mientras que otros conciernen a la documentación. Por supuesto también están los problemas derivados de ciertos planteamientos teóricos, y sobre todo de la propia carga semántica que otorguemos a conceptos como “ciudad” y “urbanismo”, que muchas veces se identifican más con las estructuras físicas que permiten su reconocimiento externo que con las formas de organización de la sociedad que las generan, como concentraciones espaciales del proceso social. Algunos especialistas, por ejemplo, consideran la estructura física (técnica constructiva, planificación del hábitat) como el elemento más característico o el más fácilmente reconocible del fenómeno urbano, y de esta forma se llega a definir lo que se considera como un modelo más o menos general de la “ciudad antigua” como un “asentamiento compacto de casas y calles”¹. Tal apreciación es sumamente parcial², y si puede ser de alguna utilidad para diferenciar un asentamiento de cabañas dispersas de otro de casas alineadas en torno a “calles” o espacios abiertos, difícilmente dará razón de las distintas formas de urbanismo antiguo. Y es que, pese a la extendida tendencia a primar los aspectos estético-arquitectónicos³, al final se reconoce que la ciudad es un hecho tanto físico como institucional⁴. Pues es en las instituciones donde tiene la ciudad el control sobre la organización de las formas de vida que la han hecho posible, asegurando así su mantenimiento y reproducción.

LA IDENTIFICACIÓN DE LOS FENÓMENOS URBANOS EN LA PROTOHISTORIA PENINSULAR

El tamaño de los asentamientos, la presencia de estructuras de hábitat de planta cuadrada o rectangular y la existencia de fortificaciones se han venido utilizando frecuentemente como claros indicios de urbanismo. No obstante, el tamaño resulta un criterio engañoso y nada definitivo, que ni satisfacía las exigencias de los antiguos, ni las actuales⁵, ya que la ciudad se distingue del poblado no tanto por una cuestión de magnitud o tamaño cuanto de organización interna, pues constituye una agrupación fundada en la división del trabajo⁶. En otras palabras, la ciudad es el corolario espacial de la especialización económica y funcional,

¹ R. DREWS, “The coming of the city to central Italy”: *American Journal of Ancient History*, vi, 1981, págs. 13-17.

² M. I. FINLEY, *La economía de la Antigüedad*, Madrid, 1978, págs. 173-208.

³ N. J. G. POUNDS, “The Urbanization of the Classical World”: *Annals of the Amer. Assn. of Geographers*, 59, 1969, pág. 135-157.

⁴ DREWS, art. cit., pág. 136.

⁵ FINLEY, *op. cit.*, págs. 174 ss.

⁶ M. LIVERANI, “La estructura política”, en S. Moscati (ed.) *El Alba de la Civilización. Sociedad, economía y pensamiento en el Próximo Oriente Antiguo*, I: *La sociedad*, Madrid, 1976, pág. 308.

independientemente de su densidad y extensión, y como tal refleja unas determinadas relaciones de producción. Así, mientras que una aldea puede ser definida arqueológicamente como una aglomeración de estructuras residenciales sin gran heterogeneidad interna⁷, la ciudad se traducirá en contrastes espaciales y, sobre todo, funcionales, así como en la multiplicidad de ambientes constructivos (edificios públicos, plazas, calles, áreas residenciales), eso que denominamos su morfología, caracterizada además por la presencia de diversas muestras artefactuales, propias de una acusada división del trabajo. El tamaño de las primitivas comunidades urbanas del Próximo Oriente, entre las 50 y las 100 ha, y con poblaciones que oscilaban entre los 10.000 y los 50.000 habitantes⁸ no tiene parangón en sitio alguno de Europa, donde muchos asentamientos considerados como “ciudades” eran incluso menores que muchas aldeas neolíticas orientales, como Chatal Huyuk con sus casi 13 a, o la más modesta Jericó con sus más de 5 ha. Claro está que el carácter urbano de estos asentamientos europeos no siempre está bien establecido⁹; sin embargo, en ocasiones, como ocurre con los asentamientos del Heládico Antiguo, muchos centros de reducido tamaño -el mayor cubre apenas 2 ha- presentan características netamente protourbanas, como una marcada especialización económica, una incipiente organización interna del hábitat, la presencia de murallas y edificios monumentales¹⁰, que no tienen los asentamientos posteriores de otros lugares con mucha mayor extensión. Micenas, incluso, extendiéndose sobre una superficie muy similar a la de Jericó, difícilmente podría ser considerada como una ciudad si atendiéramos solo a su tamaño de 4,5 ha; pero no hay duda sobre su categoría de centro político estatal, contando, además de sus impresionantes fortificaciones, con una estructura palacial y residencias de funcionarios y artesanos, estando rodeada de poblados y aldeas más pequeñas con sus correspondientes necrópolis¹¹. Puede que ello se deba a un particular modelo de urbanismo difuso que también conocemos, aunque con otras variantes, en distintos lugares de Europa, como Italia (Lucania), Dacia y otros sitios de la Europa sudoriental¹², pues de hecho otros emplazamientos micénicos, como Tirinto,

⁷ T. TAYLOR, “Aspects of settlement diversity and its classification in southeast Europe before the Roman period”, *World Archaeology*, 19, 1, 1987, pág. 4.

⁸ C. L. REDMAN, *Los orígenes de la civilización. Desde los primeros agricultores hasta la sociedad urbana en el Próximo Oriente*, Barcelona, 1990, págs. 326 y 337ss.

⁹ P. S. WELLS, *Granjas, aldeas y ciudades. Comercio y orígenes del urbanismo en la protohistoria europea*, Barcelona, 1988, págs. 104-111.

¹⁰ J. EVANS, “Village, town, city: some thoughts on the prehistoric background to urban civilization in the Aegean and Italy”, en G. de G. Sieveking, I. H. Longworth y K. Wilson (eds.) *Problems in Economic and Social Archaeology*, Londres, 1976, pág. 505.

¹¹ G. CHILDE, “El nacimiento de una civilización europea” en M. Marazzi (ed.), *La sociedad micénica*, Madrid, 1982, pág. 31.

¹² M. GUALTERY, “Fortifications and settlement organization: an example from pre-Roman Italy”. *World Archaeology*, 19, 1, 1987, págs. 30-46; TAYLOR, art. cit., págs. 15 ss.

o Mileto, con sus casi 6 ha, sugieren un modelo más compacto. Con todo, es la emergencia del palacio y la ciudadela como centros de poder, administración y actividad económica a gran escala, más que el tamaño, lo que caracteriza desde un principio al urbanismo micénico¹³. De igual forma, y esto es importante para una correcta aplicación de la teoría del “lugar central”¹⁴, en condiciones pre y protourbanas el tamaño y la densidad del asentamiento tampoco constituye total garantía al respecto. Testimonios procedentes de distintos lugares de Europa sugieren que lugares y recintos fortificados (hill-forts) sin muestra de una apreciada densidad de ocupación interna han podido actuar como “lugares centrales” de sus respectivos territorios, y algunos de ellos han llegado a adquirir características protourbanas evidentes¹⁵. Por otra parte, un asentamiento que actúa como lugar central, esto es: que ofrece servicios (culturales, religiosos, administrativos y políticos) y facilidades (redistribución, centro de mercado, producción manufacturera) a la población rural de su territorio, puede perder igualmente este carácter, por lo que los procesos de urbanización no deben ser entendidos como una línea de continuidad irreversible¹⁶.

Por ello, no se trata de localizar simplemente grandes aglomeraciones de hábitat concentrado, aunque estén dotadas de construcciones de planta rectangular o cuadrada dispuestas en torno a “calles” o espacios abiertos. Ni la planta de las casas, ni las técnicas con que han sido construidas constituyen por sí solos indicios fiables de urbanismo, si bien es cierto que las casas de planta rectilínea son características de las ciudades. Es preciso, consecuentemente, constatar la existencia de otros elementos, como son los contrastes funcionales y residenciales en la organización del espacio, que suelen corresponder a una forma de vida basada en la especialización económica y funcional. A este respecto, no es lo mismo detectar que a partir de un determinado momento en un asentamiento dado han sido sustituidas las antiguas viviendas de planta circular por otras rectangulares y mejor construidas sin que ello llegue a afectar a su tamaño y, sobre todo, a su disposición interna, que constatar por el contrario que la sustitución implica también alteraciones netas en la dimensión y la distribución y utilización del espacio interno de tales construcciones¹⁷. En este último caso no solo ha habido un cambio de técnica constructiva; también ha cambiado la forma en que se organizan las actividades de quienes allí residen. Tampoco es suficien-

¹³ EVANS, art. cit., pág. 506.

¹⁴ K. W. BUTZER, *Arqueología, una ecología del hombre*, Barcelona, 1989, págs. 210 ss.

¹⁵ B. CUNLIFFE, “Hill-forts and oppida in Britain” G. de G. Sieveking, I. H. Longworth y K. Wilson (eds.) *Problems in Economic and Social Archaeology*, Londres, 1976, pág. 349; GUALTERY, art. cit., págs. 35 ss.

¹⁶ J. COLLIS, “Gradual growth and sudden change: urbanisation in temperate Europe”: en C. Renfrew y S. Shennan (eds.) *Ranking, Resource and Exchange. Aspects of the archaeology of early European society*, Cambridge, 1982, págs. 75 ss.

¹⁷ M. BELÉN y J. L. ESCACENA, “Las comunidades prerromanas de la Andalucía Occidental”, en M. Almagro Gorbea y G. Ruiz Zapatero (eds.), *Paleoetnología de la Península Ibérica: Complutum*, 2/3, Madrid, 1993, págs. 66-87.

te que los asentamientos se encuentren territorialmente jerarquizados y especializados en actividades económicas diversas, sino que debe manifestarse dentro de ellos esta misma diversidad para poder ser considerados totalmente urbanos. Muchas sociedades aldeanas practican una especialización estacional, o pseudoespecialización, que requiere la existencia de distintos tipos de asentamientos de ocupación no permanente, pero en todos ellos es el modo de producción doméstico, que recae sobre el grupo familiar con la sola división del trabajo por grupos de edades y sexos, la forma de organización productiva.

Habrà que buscar, por tanto, una diferenciación funcional permanente de los asentamientos jerarquizados, que no siempre las condiciones en que se desarrolla la investigación arqueológica permiten observar. Es preciso distinguir entre asentamientos propiamente urbanos, dotados de edificios y lugares públicos (palacios, santuarios, plazas...), con una importante especialización económica (almacenes, talleres...) y con una segregación residencial en la utilización del espacio, que aparecen rodeados de granjas y aldeas más pequeñas¹⁸, de aquellos otros que a pesar de tener un tamaño considerable no presentan en conjunto tales rasgos. Esto es precisamente lo que se conoce como “estratificación de yacimientos”, que no debe confundirse con una simple jerarquización territorial de los mismos.

En los asentamientos urbanos de distinta clase las élites palaciales, las burocracias de los santuarios o la aristocracia en su caso, impondrán un modo de producción que garantice, mediante la propiedad de los medios de producción o el control sobre el sistema productivo, la apropiación del trabajo y el excedente, pudiéndose entonces percibir en la organización del espacio y en la funcionalidad de los complejos arquitectónicos: *la función del territorio en la economía de la ciudad, los modos de explotación ligados a las estructuras sociales, a veces mismamente a sus instituciones políticas, ejercen su influencia sobre las estructuras urbanas, sobre el aspecto arquitectónico y monumental de la ciudad, aquellos que constituyen la forma y la naturaleza de su planta*¹⁹.

Hablar de la ciudad es también hablar de una sociedad estratificada y formas complejas de gobierno. Pero hay distintas formas de estratificación, como hay diversas clases de ciudades. Consecuentemente, la arqueología de las formas de gobierno²⁰ puede ser también una ayuda de utilidad. La estratificación social impone asimismo contrastes acusados en el acceso a los recursos y en la capacidad de consumo y ostentación y suele ir acompañada igualmente de otros contrastes residenciales. La distribución del espacio, y de los distin-

¹⁸ B. PRICE, “Shifts of Production and Organization: A Cluster Interaction Model”, *Current Anthropology*, 8, 1, 1977, págs 209-233; TRIGGER, art. cit., págs. 101 ss.

¹⁹ R. MARTIN, “Rapports entre les structures urbaines et les modes de division et d’exploitation du territoire” en M. Finley (ed.) *Problèmes de la terre en Grèce Ancienne*, Paris-La Haya, 1973, pág. 107.

²⁰ B.G. TRIGGER, “The archaeology of government”, *World Archaeology*, 6, 1, 1974, págs. 95-106.

tos tipos de artefactos en él, reflejará, por consiguiente, las nuevas condiciones surgidas dentro de los procesos de estratificación social, por lo que podemos analizarlas a partir de sus vestigios materiales²¹. Por otro lado, mientras que la estratificación social puede ser detectada y hasta en cierta medida evaluada sin un análisis directo de su manifestación en la organización del espacio y de los contrastes de calidad y tamaño en las construcciones de los asentamientos, por ejemplo mediante el estudio del grado de especialización laboral que implican los bienes de prestigio²², o por medio de las manifestaciones funerarias en ajuares, simbolismo, tipología y estructura de los enterramientos, o su segregación espacial²³, las formas de poder y gobierno que conlleva toda estratificación social tienen también su reflejo en la arquitectura monumental²⁴. Grandes edificios y monumentos suelen ser una característica de la topografía urbana, si bien grandes construcciones están también presentes, aunque de forma menos elaborada, en culturas tribales y aldeanas, en las que pueden ejercer de poderoso elemento de identificación y cohesión social, impelido por la autoridad jerarquizada de una jefatura²⁵. La densidad de población y el tamaño de los asentamientos urbanos puede diferir, como se ha visto, según los casos, pues ni el urbanismo, ni la estratificación social, están asociadas necesariamente a una concentración de la población en asentamientos caracterizados por su gran magnitud.

Debemos distinguir entre las manifestaciones de un urbanismo compacto y aquellas otras propias de un urbanismo difuso. Este último, que implica la existencia de una retícula urbana menos constreñida pero caracterizada igualmente por la especialización y la estratificación social, puede aparentar la ausencia de un poder político central. Sin embargo, allí donde los centros de administración política no se corresponden con centros de población y actividad económica, puede suceder que su carácter disperso ofrezca facilidades a una autoridad central frente a problemas de comunicación y desunión interna²⁶. Dicho de otro modo, es posible la existencia de un urbanismo sin la concentración de mucha población, o lo que es lo mismo, sin asentamientos relativamente grandes ni compactos.

Si tamaño y densidad no son elementos suficientes para determinar el fenómeno urbano, será preciso entonces fijar la atención en los otros componentes que integran el estilo de

²¹ M.E. SMITH, "Household Possessions and Wealth in Agrarian States: Implications for Archaeology", *Journal of Anthropological Archaeology*, 6, 1987, págs. 97-335.

²² P. PEREGRINE, "Some political aspects of craft specialization", *World Archaeology*, 23, 1, 1991, págs. 1-11.

²³ I. MORRIS, *Burial and Ancient Society*, Cambridge, 1989; V. LLUL, y M. PICAZO, "Arqueología de la muerte y estructura social", *AEsp.A*, 62, 1989, págs. 5-14.

²⁴ B.G. TRIGGER, "Monumental architecture: a Thermodynamic explanation of symbolic behaviour", *World Archaeology*, 22, 2, 1990, págs. 119-132.

²⁵ C. RENFREW, "Arqueología social de los monumentos megalíticos", *Investigación y Ciencia*, 1984, págs 70-79; J. ALCINA, "Las jefaturas en perspectiva arqueológica", en J. Adánez Pavón, C. M. Heras Martínez y C. Varela Torrecilla (eds.) *Espacio y organización social*, Madrid, 1990, págs. 35-56.

²⁶ TRIGGER, art. cit., págs. 101 ss.

vida urbano, como es una acusada especialización del trabajo, que se manifestará en una determinada disposición funcional del espacio y en la presencia de una diversidad de útiles y herramientas. En general, la evidencia de una actividad manufacturera especializada reflejada en distintas zonas de un asentamiento sugiere la presencia de una fuerte especialización funcional. En este sentido, puesto que la ciudad vive fundamentalmente de su territorio, el análisis de éste puede resultar sumamente ilustrativo. La parcelación de la tierra, los sistemas de explotación, las formas de implantación del hábitat rural y su dispersión/concentración (en definitiva el grado de estratificación de la *chora*), las vías de comunicación y la distribución de artefactos de manufactura no local, que definen las relaciones de la ciudad con su territorio, pueden constituir poderosos indicadores. Igualmente puede resultar útil analizar las interacciones entre distintos yacimientos urbanos y su plasmación espacial. Algunos investigadores han sugerido que la especialización artesanal tiende a producir una distribución hexagonal de ciudades de aproximadamente igual importancia en un territorio dado²⁷. Al estar el urbanismo ligado a la especialización económica y a la diversidad de actividades, así como a la existencia de formaciones estatales, la aparición de métodos de contabilidad y registro, aún incluso poco difundidos socialmente, constituye otro indicio apreciable. Pesas y medidas, la escritura y su distribución geográfica en un área determinada, teniendo en cuenta la contextualización de los testimonios encontrados y la dispersión/concentración en los yacimientos en relación a sus territorios, pueden llegar a constituir también un indicador fiable de la presencia de formas de vida urbana²⁸.

LAS CIUDADES FENICIAS DE ÉPOCA ARCAICA

Durante mucho tiempo solo hemos conocido la existencia de ciudades fenicias en la Península Ibérica por los textos antiguos y algunas acuñaciones monetarias tardías. El paciente trabajo de los arqueólogos fue desvelando un número cada vez mayor de asentamientos, muchos de época arcaica, sin que, dadas sus características, pudieramos considerarlos ciudades. Pero, como argumentaré más adelante, en varios casos está claro su carácter urbano, por lo que se puede afirmar que uno de los rasgos de la presencia fenicia arcaica en Occidente es el de manifestar un urbanismo sin ciudades. Luego, descubrimientos más recientes han venido a llenar en parte este vacío con la presencia de ciudades fenicias arcaicas,

²⁷ B. G. TRIGGER, "Determinants of urban growth in pre-industrial societies", en P. J. Ucko, R. Tringham y G. W. Dimbleby (eds.) *Man, Settlement and Urbanism*, Londres, 1972, págs. 575-579.

²⁸ M. I. PANOSA, "Complejidad, distribución y escritura en el NE peninsular. Hipótesis de trabajo", en J. Untermann y F. Villar (eds.) *Lengua y cultura en la Hispania prerromana. Actas del V Coloquio sobre lenguas y culturas prerromanas en la Península Ibérica*, Colonia, 1989, págs. 719-725.

Castillo de Doña Blanca (Puerto de St. María, Cádiz)²⁹ y La Fonteta (Guardamar del Segura, Alicante)³⁰. De esta forma se rompe la singularidad que hasta entonces había mantenido la Península Ibérica que a diferencia de otros lugares de conocida implantación fenicia arcaica, como Sicilia o Cerdeña, no mostraba vestigios arqueológicos de ciudades de tanta antigüedad. Como han objetado agudamente algunos colegas, si prescindimos del tamaño de ambos asentamientos, los criterios de especialización funcional y económica también son aplicables a muchos de los asentamientos fenicios arcaicos en la Península. Estoy de acuerdo, por eso creo que se puede hablar en tales circunstancias de un urbanismo sin ciudades. Como también se ha señalado acertadamente, una de las características fundamentales de la ciudad es la manifestación pública de la comunidad cívica que la integra. Pero en este caso tenemos un problema, ya que los espacios públicos de las ciudades fenicias arcaicas, ante la falta de restos arqueológicos de edificaciones de este carácter, pueden resultar difíciles de detectar. En un urbanismo arcaico de tradición oriental, aún no sometido a procesos de “helenización” ni dependiente de una planificación “hipodámica”³¹ el espacio destinado a la reunión de los ciudadanos no será tanto una amplia plaza, a la manera grecorromana, cuanto los aledaños de la puerta principal de la ciudad. Es en este sentido, junto con la planificación urbanística que implica, además, por supuesto, de su carácter defensivo, más que a la propaganda, que debemos interpretar la presencia de murallas con torres y bastiones en Castillo de Doña Blanca³² y la Fonteta³³. En esta última existen además algunos indicios que nos permitirían sospechar la existencia de un *tofet*³⁴ que como espacio público destinado a rituales privados, es sabido que aparece siempre vinculado a estructuras urbanas.³⁵ Otra característica interesante es la presencia de una fortificación avanzada en el Cabezo del

²⁹ D. RUIZ MATA, “Los fenicios de época arcaica -siglos VIII/VII a. C.- en la bahía de Cádiz. Estado de la cuestión”, *Estudios Orientais*, 4, 1993, págs. 23-69; D. RUIZ MATA y C. J. PÉREZ, *El poblado fenicio del Castillo de Doña Blanca (Puerto de Santa María, Cádiz)*, El Puerto de St. María, 1995.

³⁰ A. GONZÁLEZ PRATS, “La Fonteta. El asentamiento fenicio en la desembocadura del río Segura (Guardamar, Alicante, España). Resultados de las excavaciones de 1996-7”, *Rivista di Studi Fenici*, xxvi, 2, 1998, págs. 191-228, ID, “Phönizische Siedlung an der Küste von Alicante”, *Archäologie in Deutschland*, 3, 1998, págs. 54-59.

³¹ E. DÍES CUSÍ, La influencia de la arquitectura fenicia en las arquitecturas indígenas de la Península Ibérica (siglos VIII-VII)”, en D. Ruiz Mata y S. Celestino Pérez (eds.) *Arquitectura oriental y orientalizante en la Península Ibérica*, Madrid, 2001, pág. 77.

³² D. RUIZ MATA, “Arquitectura y urbanismo en la ciudad protohistórica del Castillo de Doña Blanca (El Puerto de Santa María, Cádiz)”, en D. Ruiz Mata y S. Celestino Pérez (eds.) *Arquitectura oriental y orientalizante en la Península Ibérica*, Madrid, 2001, págs. 263 ss.

³³ A. GONZÁLEZ PRATS, “Arquitectura orientalizante en el Levante penínsular”, en D. Ruiz Mata y S. Celestino Pérez (eds.) *Arquitectura oriental y orientalizante en la Península Ibérica*, Madrid, 2001, págs. 178-179.

³⁴ GONZÁLEZ PRATS, “La Fonteta...”, págs. 204 y 205, lám. 7.

³⁵ BONDI, S. F., “Per una riconsiderazione del tofet”, *Egitto e Vicino Oriente*, 2, 1979, págs. 139-150.

Estaño³⁶, con foso de sección triangular y muralla de casernas, igualmente presentes en Doña Blanca, con lo que supone de interés por el control del territorio.

Por otra parte, la relación de Castillo de Doña Blanca con *Gadir*, aunque polémica en su función, parece clara. *Gadir*, cuya fundación en fechas remotas y discutidas conocemos por los testimonios de Veleyo Patérculo (1, 2, 3), Mela (iii, 6, 46) Plinio (n. h., xvi, 40; xix) o Diodoro (v, 20) no ha proporcionado aún evidencias arqueológicas similares a las de Doña Blanca o La Fonteta. Como se ha dicho³⁷, la posición geográfica de *Gadir* es bastante singular y un tanto excéntrica, por lo que se ha interpretado que no parece haber nacido del mismo movimiento responsable de la aparición de los restantes asentamientos fenicios arcaicos en Andalucía. *Desde una visión de patrones de asentamientos fenicios, la situación supuesta de la ciudad de Gadir en Cádiz no deja de resultar extraña, irregular y apartada de los asentamientos conocidos en el Mediterráneo y costa española, que son ya numerosos*³⁸. No obstante, también se ha señalado como fuera de Andalucía “... i colloni di La Fonteta si installarono nel Castillo de Guardamar. Sul sitio, collocato in posizione strategica a controllo del territorio e della navigazione costiera, eressero in breve tempo un edificio sacro, dedicato molto verosimilmente ad Astarte. I datti raccolti permettono affermare che la fondazione di la Fonteta presenta caratteristiche molto simili a quelle documentate nell'Andalusia occidentale per la colonie di Gadir- Castillo de Doña Blanca e di Spal-El Carambolo³⁹”.

La singularidad de la posición de Cádiz es, por consiguiente, aparente y desaparece cuando se amplía la zona geográfica que nos sirve de referencia. Los descubrimientos realizados en los últimos años de una notoria presencia fenicia en las costas atlánticas portuguesas en las que el estuario del Tajo con sitios como Santarém o Almaraz se muestra pionero⁴⁰, han venido a romper la imagen de su aislamiento atlántico. Por otro lado, su insularidad encuentra correspondencia en sitios como Cerro del Villar, aunque a una escala bien distinta.

No deja, por otro lado, de ser curioso que *Gadir* haya sido la única colonia fenicia en la Península de la que se conserva un relato de fundación (Estrabón, iii, 5,5) que si bien helenizado, contiene elementos claramente fenicios, como la procedencia tiria de los fundadores, el carácter oficial de la empresa y la función preeminente del oráculo de

³⁶ A. GARCÍA MENÁRGUEZ, “El Cabezo Pequeño del Estaño, Guardamar del Segura. Un poblado protohistórico en el tramo final del río Segura”, en A. González Blanco, J.L. Cunchillos Ilarri y M. Molina Martos (eds.) *El mundo púnico. Historia, sociedad y cultura*, Murcia, 1994, págs. 269-279.

³⁷ G. BUNNENS, “Le role de Gades dans l’implantation phénicienne en Espagne”, *Aula Orientalis*, 4, 1986, pág. 192.

³⁸ D. RUIZ MATA, “La fundación de *Gadir* y el Castillo de Doña Blanca: contrastación textual y arqueológica”, *Complutum*, 10, 1999, pág. 309.

³⁹ M. BOTTO, “Rapporti fra fenici e indigeni nella Penisola Iberica (VIII-VI sec. a. C.)”, *Hispania Terris Omnibus Felicior*, Pisa, 2002, págs. 43.

⁴⁰ A.M. ARRUDA, *Los fenicios en Portugal. Fenicios y mundo indígena en el centro y sur de Portugal*, Cuadernos de Arqueología Mediterránea, 5-6, Barcelona, 1999-2000, págs. 102 ss; EAD., “O comércio fenício no território actualmente português”, en P. Fernández Uriel, C. G. Wagner y F. López Pardo (eds.), *I Coloquio del CEFYP: Intercambio y comercio preclásico en el Mediterráneo*, Madrid, 2000, pág. 64.

Melkart⁴¹. La elección del sitio que tantas dudas a vuelto a suscitar recientemente⁴², obedecería tanto a consideraciones estratégicas y económicas como políticas. En el extremo del mundo, junto al Océano, el surgimiento de una réplica occidental de Tiro, como es *Gadir*, con su centro monumental, templo de Melkart incluido⁴³, en el entonces archipiélago y la ciudad en tierra firme al otro lado de la bahía⁴⁴, así parecen confirmarlo. Por otra parte, aunque la investigación arqueológica no ha proporcionado aún fechas de tan concreta antigüedad, hay razones de peso para sospechar que precedió en el tiempo a la aparición de los enclaves coloniales de finales del s. xi y comienzos del viii a. C. La cuidadosa elección del lugar para la ubicación de estos asentamientos, junto a la detallada planificación del hábitat inicial presente en muchos casos, suponen un conocimiento previo de las condiciones y oportunidades locales que difícilmente se ha podido adquirir en Oriente o en cualquier otro lugar del Mediterráneo, por lo que suponen un claro indicio de la existencia de algún enclave occidental anterior⁴⁵, probablemente el centro monumental del archipiélago gadeirita.

Por lo que respecta a *Ebussus*, otra fundación arcaica, según Diodoro de Sicilia (v, 16, 2-3) los cartagineses habían fundado una colonia en Ibiza en el año 653 a. C. Durante mucho tiempo se consideró cierta esta noticia. Es preciso destacar que en su libro sobre las islas, Diodoro apenas da datos cronológicos concretos y en este caso constituye una de las pocas excepciones que han hecho pensar que su narración depende en este punto de una fuente bien informada, que podría ser Timeo. Como ha observado muy bien P. Barceló⁴⁶ en este texto de Diodoro hay referencias a dos situaciones distintas en el tiempo, y así dice que es una colonia de los cartagineses, pero que estaba habitada por los fenicios originalmente, lo que precisamente han venido a confirmar los datos arqueológicos. Efectivamente, hallazgos y excavaciones, así como una nueva valoración de los datos procedentes de las más antiguas han venido a confirmar la antigüedad de la fundación,

⁴¹ S. RIBICHINI, "Sui miti della fundazione di Cadice", *Actas del IV Congreso Internacional de Estudios Fenicios y Púnicos*, vol. II, Cádiz, 2000, págs. 661-8.

⁴² D. RUIZ MATA, "La fundación..." págs. 294 ss.

⁴³ J. M. BLÁZQUEZ, "El Herakleion gaditano y sus ingresos", en L. Hernández Guerra, L. Sagreso San Eustaquio y J. M. Solana Sáinz (eds.) *I Congreso Internacional de Historia Antigua. La Península Ibérica hace dos mil años*, Valladolid, 2001, págs. 599-606.

⁴⁴ M. BOTTO, "Rapporti..." pág. 14.

⁴⁵ C. G. WAGNER, "Los asentamientos y el comercio fenicio arcaico en Málaga", en F. Wulff Alonso, G. Cruz Andreotti y C. Martínez Maza (eds.) *II Congreso de Historia Antigua de Málaga: Comercio y comerciantes en la Historia Antigua de Málaga*, Málaga, 2001, págs. 43-4; ID, "Santuarios, territorios y dependencia en la expansión fenicia arcaica en Occidente", *ARYS*, 3, 2000, pág. 52. C. G. WAGNER y J. ALVAR, "La colonización agrícola en la Península Ibérica. Estado de la cuestión y nuevas perspectivas", en C. Gómez Bellard (ed.) *Ecohistoria del paisaje agrario. La agricultura fenicio-púnica en el Mediterráneo*, Valencia, 2003, págs. 191 ss; M^e E. AUBET, "Aspects of Tyrian trade and colonization in the Eastern Mediterranean", *Münstersche Beiträge zur antiken Handelsgeschichte*, XIX, 2000, págs. 81 y 88 ss.

⁴⁶ P. BARCELÓ, "El comienzo de la presencia cartaginesa en Ibiza", *Studia Histórica*, II-III, n^o 1, 1984-4, págs. 73-80; ID, "Ebussus ¿colonia fenicia o cartaginesa?", *Gerión*, 3, 1985, págs. 271-282.

aunque no su carácter cartaginés. Los descubrimientos arqueológicos han confirmado la existencia de una temprana presencia arcaica fenicia en Ibiza, en sitios como Sa Caleta, la bahía de Ibiza, y en la necrópolis de Puig des Molins, que por el tipo de materiales encontrados parece más vinculada a la población de los asentamientos fenicios occidentales que a la propia Cartago.

De mediados del siglo vii a. C. o un poco más tardíos, hacia el 630 a. C., son los materiales fenicios más antiguos descubiertos en Sa Caleta y en la bahía de Ibiza, que sugieren un asentamiento de fenicios occidentales procedentes de la zona del Estrecho de Gibraltar⁴⁷. Sa Caleta, un asentamiento dedicado a la extracción de galena argentífera, sorprende por su urbanística improvisada y arcaizante con un sistema basado en la yuxtaposición de estancias sin ningún género de orden en cuanto a la orientación con respecto a sí mismas y a los puntos cardinales, separadas entre sí por espacios, en ocasiones exigüos, comprendidos entre las distintas construcciones, dando lugar a estrechas calles de orientación variada y pequeñas plazas de plan irregular y superficies variables. Este asentamiento tuvo una corta vida, lo que algunos interpretan como un abandono en favor de la mejor posición que presentaba Ebussus, mientras que otros consideran a ambas coetáneas.

En el primer cuarto del siglo vi a. C. Sa Caleta se abandona y se produce una reestructuración integral de la población, con el consiguiente crecimiento del asentamiento del Puig de Vila, dominando la bahía de Ibiza y donde no sólo disponían del mejor puerto de la isla, sino de un entorno cercano propicio para la explotación agrícola. En el Puig des Molins se manifiestan durante la primera mitad del siglo vi a. C. diferencias significativas que atañen tanto al tipo de sepultura, con la aparición cada vez más numerosa de fosas, como los rituales, con prácticas más elaboradas que incluyen la ofrenda de un animal, la colocación de una lucerna sobre las brasas ardientes, rotura ritual de vajilla y libaciones. También hay diferencias en los ajuares, desde las tumbas más pobres, sin ningún ajuar o con una sola ampolla de aceite perfumado a las más ricas que pueden contener un *kantharos* de *buchero* etrusco. Todo parece indicar que se está produciendo una cierta diferenciación social en el seno de la comunidad originaria⁴⁸.

Otro tanto podría decirse de la necrópolis de Jardín, situada al norte de Toscanos, junto a la orilla occidental del río Vélez, cuyos ajuares funerarios no presentan unas normas fijas, y en la que existe una gran variedad de estructuras y rituales funerarios. Esta variedad comprende fosas simples excavadas en la roca, fosas compuestas con resaltes y bancales laterales

⁴⁷ B. COSTA y J. FERNÁNDEZ, "Ibiza en época arcaica (c. 650-475): fundación fenicia-colonia cartaginesa. Estado actual de la cuestión", *Empúries*, 48-50, 1986-89, pág. 259.

⁴⁸ B. COSTA, "Ebesos, colonia de los cartagineses. Algunas consideraciones sobre la formación de la sociedad púnico-ebusitana", *VIII Jornadas de Arqueología fenicio-púnica*, Ibiza, 1994, pág. 85.

y una pequeña fosa excavada a mayor profundidad, cistas de sillares, grandes y profundas fosas que contienen cistas de sillares cuidadosamente trabajados que sostuvieron una cubierta de madera y adobe, y que se hallan precedidas, al menos en un caso, de un *dromos* horizontal, que recuerdan algunas de las tumbas de cámara de Trayamar⁴⁹. Tanto la incineración como la inhumación están presentes y son muy característicos los pequeños sarcófagos de piedra. Esta necrópolis, que correspondería a la fase final de Toscanos, s. vi a. C., contrasta por su diversidad y por la riqueza de algunos de sus ajuares, aunque la mayor parte de las tumbas habían sido saqueadas antes de las excavaciones, con los enterramientos de Cerro del Mar⁵⁰, a la que se considera una de las antiguas necrópolis, entre finales del s. viii y s. vii a. C., del mencionado asentamiento. ¿Debemos interpretarlo como signos de diversidad y estratificación social propias de una comunidad ya urbana?

El urbanismo fenicio arcaico sin ciudades: pequeñas colonias y emporios.

La presencia fenicia arcaica en la Península Ibérica se extiende muy capilarizada por toda la costa desde el Segura al Tajo y con un patrón de asentamiento⁵¹ en el que los enclaves muy próximos unos de otros en ocasiones apenas distan unos pocos kilómetros entre sí, como ocurre en el litoral malagueño, mientras que la existencia de centros mayores y menores sugiere una jerarquización en el control de los territorios próximos⁵². Esto implica necesariamente unos conocimientos precisos sobre las posibilidades económicas y geoestratégicas de los lugares en que se establecen los colonos fenicios⁵³. En algunos lugares la ocupación del sitio responde a una cuidadosa planificación inicial del hábitat, como se observa en Chorreras, Morro de Mezquitilla y Toscanos⁵⁴. En este último lugar la unidad topográfica del asentamiento viene además completada por la existencia de un sistema defensivo compuesto de un foso de sección triangular y una fortificación avanzada en el

⁴⁹ H. SCHUBART, "Informe de las excavaciones en la necrópolis de Jardín (Vélez-Málaga, Málaga)", *Cuadernos de arqueología mediterránea*, 1, 1995, págs. 57 ss.

⁵⁰ H.G. NIEMEYER, "Die phönizische Niederlassung Toscanos: eine Zwischenbilanz", en H. G. Niemeyer (ed.) *Phönizier im Westen*. Madrider Beiträge 8, Mainz, 1982, págs. 189 ss.

⁵¹ G. HOFFMAN, *Holozenstratigraphie und Kistenlinienverlagerung an der andalusischen Mittelmeerküste*, Bremen, 1987; H. SCHUBART, "Investigaciones geológicas y arqueológicas sobre la relación costera de los asentamientos fenicios en la Andalucía mediterránea", *Atti del II Congresso Internazionale di Studi Fenici e Punici*, Roma, 1991, vol. III, págs. 1245-1251; J.L. LÓPEZ CASTRO, "Hacia una definición del territorio colonial fenicio en el sur de la Península Ibérica", *Preactas del III Congreso Peninsular de Historia Antigua*, vol. 2, Vitoria, 1994, s.c.

⁵² J.A. MARTÍN RUIZ, "La colonización fenicia en Málaga: últimos descubrimientos", *Mainake*, XXIV, 2002, pág. 222; M^a. E. AUBET, *Tiro y las colonias fenicias de Occidente*, Barcelona, 1994, págs. 265 ss.

⁵³ M^a. E. AUBET, *Tiro y las colonias fenicias de Occidente*, Barcelona, 1994, págs. 268 ss.

⁵⁴ M^a. C. MARÍN CEBALLOS, "La colonización fenicio-púnica en la provincia de Málaga", en F. Wulff y C. Cruz (eds.) *Historia Antigua de Málaga y su provincia*, Málaga, 1996, pág. 29.

vecino Cerro Alarcón⁵⁵, que empieza a ser ocupado desde mediados del siglo VII a. C. y en cuya cima se construye con muros de más de 1 m de espesor un edificio rectangular alargado, cuyo recinto interior se subdivide en dos estancias y cuyos suelos presentan escasos indicios de haber sido utilizados⁵⁶. ¿Tal vez algún tipo de santuario?

Esta claro que todos estos lugares no eran emporios⁵⁷. Los indicadores arqueológicos sugieren, por el contrario una economía con una producción diversificada que aprovecha los recursos locales, con indicios sólidos de actividades pesqueras y de obtención de púrpura, así como de explotación agrícola según los análisis paleobotánicos que demuestran la presencia de cereales, leguminosas y frutales, y ganadera según los osteológicos, con presencia de bueyes, animal de tracción más que de alimento, y muy generalizada de ovicápridos⁵⁸. Aunque también existen vestigios de metalurgia, los hallazgos en muchos casos sugieren una producción para el autoabastecimiento, o por lo menos así se ha venido interpretando con frecuencia⁵⁹, si bien también se ha sugerido la posibilidad de una explotación local y un comercio del cobre y hierro entre los autóctonos y los colonizadores fenicios⁶⁰. La explotación de la sal debió de haber sido igualmente de gran importancia, no solo para las salazones de pescado, de las que no abundan los testimonios en este periodo sino también en relación con la alimentación estival del ganado, y su aprovechamiento parece haberse producido en el entorno de sitios como Almuñecar⁶¹, lo que aumenta el espectro de las actividades económicas desarrolladas por los colonos fenicios.

El control de los territorios adyacentes por medio de una distribución de pequeños asentamientos se manifiesta también en algunos casos de forma significativa. En el Cerro del Villar, fundado en una pequeña isla en la paleodesembocadura del Guadalhorce en la se-

⁵⁵ H. G. NIEMEYER, “El yacimiento fenicio de Toscanos: urbanística y función”, *Aula Orientalis*, III, 1985, págs. 110 y 116 ss.

⁵⁶ H. SCHUBART, “Alarcón. El yacimiento fenicio y las fortificaciones en la cima de Toscanos”, en A. González Prats (ed.), *Fenicios y Territorio: Actas del II Seminario Internacional de Temas Fenicios*, Alicante, 2000, págs. 265 ss.

⁵⁷ C. GÓMEZ BELLARD, “Quelques réflexions sur les premiers établissements phéniciens à Ibiza”, *Alle soglie della Classicità. Il Mediterraneo tra tradizione e innovazione. Studi in onore di Sabatino Moscati*, Pisa-Roma, 1996, pág. 772; J.L. LÓPEZ CASTRO, “Hacia una definición...”, s.c.; C.G. WAGNER, “Los asentamientos...”, pág. 58.

⁵⁸ M^a C. MARÍN CEBALLOS, “La colonización fenicio-púnica en la provincia de Málaga”, en F. Wulff y C. Cruz (eds.) *Historia Antigua de Málaga y su provincia*, Málaga, 1996, pág. 30; M. P. IBORRA, E. GRAU y G. PÉREZ JORDÁ, “Recursos agrícolas y ganaderos en el ámbito fenicio occidental: estado de la cuestión”, en C. Gómez Bellard (ed.) *Ecobistoria del paisaje agrario: La agricultura fenicio-púnica en el Mediterráneo*, Valencia, 2003, págs. 37 ss y 42 ss.

⁵⁹ H. SCHUBART, “El asentamiento fenicio del siglo VIII a. C. en Morro de Mezquitilla (Algarrobo, Málaga)”, *Aula Orientalis*, 3, 1985, pág. 63; F. GOLSCHANI, “Schalakenfunde von Toscanos”, *Madriider Mitteilungen*, 24 1983, págs. 65 ss.

⁶⁰ F. J. RODRÍGUEZ VINCEIRO *et al.*, “Aproximación a la explotación de los recursos abióticos durante la protohistoria en la provincia de Málaga”, en F. Wulff y C. Cruz (eds.) *Historia Antigua de Málaga y su provincia*, Málaga, 1996, págs. 197 ss.

⁶¹ A. MEDEROS MARTÍN y L.A. RUIZ CABRERO, “La fundación de Sexi-Laurita (Almuñecar, Granada) y los inicios de la penetración fenicia en la Vega de Granada”, *Spal*, 11, 2002, págs. 53 ss.

gunda mitad del siglo VIII a. C., un enclave fenicio arcaico muy próximo a Málaga dedicado a la producción agrícola y en la manufactura de ánforas y grandes contenedores⁶², al igual que Sa Caleta, se especializó en la explotación de galena argentífera⁶³, se ha constatado la existencia de actividades agrícolas y ganaderas en unas tierras que no brindaban ninguna posibilidad de explotación metalúrgica mínimamente rentable. Tras sufrir una amplia deforestación que coincide con el momento de la llegada de los colonos, muestran numerosos indicios de su aprovechamiento económico por los fenicios, cuyo control se aseguran durante el siguiente siglo por medio del establecimiento de asentamientos secundarios en tierra firme y probablemente a través de la subordinación y absorción de la población autóctona local presente en dos sitios cercanos, el Llano de la Virgen y la Loma del Aeropuerto, este último ocupado más adelante por población fenicia, algo que empieza también a vislumbrarse en otros lugares como Cerro del Mar y Morro de Mezquitilla⁶⁴.

Aunque la explotación agrícola y ganadera de los recursos locales y el control de los territorios próximos está bien constatado en otros casos, está claro que sitios como Cerro del Villar, Morro de Mezquitilla, Toscanos o Villaricos, no son simples conglomerados de granjas. A todo esto debe añadirse la evidencia de un aumento de su tamaño y población desde mediados del siglo VII a. C. y las muestras de desigualdad social. En efecto, tanto las tumbas como el hábitat proporcionan, a partir de un determinado momento, indicios de una composición social heterogénea en la que destaca una elite que se entierra en las lujosas tumbas de cámara de Trayamar⁶⁵ y reside en grandes casas en Morro de Mezquitilla, Cerro del Villar y Toscanos⁶⁶. En este último lugar, el denominado “edificio C”, ubicado en medio de un entorno caracterizado por un hábitat muy jerarquizado, sobrepasa por su arquitectura monumental y pública la de los edificios de almacén conocidos en Oriente y su estructura sugiere, además de la de almacenamiento, una función más compleja de tipo administrativo. En sus proximidades se levantan las mejores viviendas del asentamiento que se distinguen por su gran tamaño y elevado número de habitaciones⁶⁷. En el Cerro del Villar una serie de

⁶² M^a E. AUBET *et al*, *Cerro del Villar-I. El asentamiento fenicio en la desembocadura del río Guadalborve y su interacción con el hinterland*, Sevilla, 1999.

⁶³ J. RAMON, “El yacimiento fenicio de Sa Caleta”, *I-IV Jornadas de arqueología fenicio-púnica*, Ibiza, 1991, pág. 183 ss.

⁶⁴ M^a E. AUBET, “Nuevos datos arqueológicos sobre las colonias fenicias de la Bahía de Málaga”, *Lixus. Actes du Colloque de l’Institut des Sciences de l’Archeologie et du Patrimoine de Rabat*, Paris-Roma, 1992, págs. 71-78; J.A. MARTÍN RUIZ, “La colonización fenicia en Málaga: últimos descubrimientos”, *Mainake*, xxiv, 2002, pág. 222.

⁶⁵ H. G. NIEMEYER y H. SCHUBART, *Trayamar. Los hipogeos fenicios y el asentamiento en la desembocadura del Algarrobo*, EAE 90, Madrid, 1976.

⁶⁶ H. G. NIEMEYER, “El yacimiento...pág. 113; M^a C. MARÍN CEBALLOS, “La colonización fenicio-púnica en la provincia de Málaga”, en F. Wulff y C. Cruz (eds.), *Historia Antigua de Málaga y su provincia*, Málaga, 1996, págs. 25-27; M^a E. AUBET y A. DELGADO, “La colonia fenicia del Cerro del Villar y su territorio”, en C. Gómez Bellar (ed.) *Ecobistoria del paisaje agrario. La agricultura fenicio-púnica en el Mediterráneo*, Valencia, 2003, pág. 57.

⁶⁷ M^a E. AUBET, “Arquitectura colonial e intercambio”, en A. González Prats (Ed.) *Fenicios y Territorio: Actas del II Seminario Internacional de Temas Fenicios*, Alicante, 2000, págs. 31 ss.

estructuras arquitectónicas pertenecientes a viviendas se abren a una amplia calle rectilínea por medio de pequeñas tiendas y talleres⁶⁸. Todos estos, junto con la aparición de pequeños pesos de plomo que forman parte de un sistema de pesas y medidas, son rasgos propios de un estilo de vida urbana que caracteriza a muchos de estos asentamientos.

Distinto parece el caso de Abul, un asentamiento empórico de mediados del siglo VII a. C. situado en la margen derecha del paleoestuario del Sado, entre Setubal y Alcacer do Sal, y dominando completamente su antigua desembocadura⁶⁹. Las excavaciones han revelado, junto a los restos de dos casas fenicias separadas por una calle, un complejo arquitectónico muy similar al de Cancho Roano (Zalamea de la Serena, Badajoz) y, como éste, con claros paralelos en Oriente⁷⁰. Además de los vestigios de una actividad productiva (agricultura, cría de ganado, pesca y marisqueo) y cierta artesanía textil y metalúrgica⁷¹ que aseguraban la autonomía a los colonos, están bien documentadas las actividades comerciales tal y como muestran, además de las estructuras consideradas como almacenes, las numerosas cerámicas de importación halladas en el yacimiento. Nos encontramos aquí ante otro ejemplo de urbanismo sin ciudad, pero de carácter distinto al de asentamientos como Toscanos, Morro de Mezquitilla o Cerro del Villar. Un edificio cerrado de planta cuadrangular, protegido con un muro construido con dos paramentos de grandes bloques que delimita una superficie cuadrada de 22 m de lado, con un pequeño edículo o altar en el centro del patio en torno al que se disponen las estancias y estratégicamente situado entre los poblados autóctonos de Setubal y Alcacer do Sal, y que parece que reúne, a una escala ciertamente reducida, todas las características de lo que Polanyi denominó como *port of trade*. Una singular manifestación de urbanismo “difuso”, en espera de conocer más datos procedentes de su entorno.

La interpretación del fenómeno urbano y de la génesis del urbanismo en la protohistoria peninsular.

En la Península Ibérica los poblados del Bronce resultan ser asentamientos preurbanos, típicos de las formas de vida aldeana. Por el contrario, muchos de los posteriores asentamientos ibéricos presentan características protourbanas y algunos de ellos parece que llegaron a

⁶⁸ M. E. AUBET, “A Phoenician Market Place in Southern Spain”, en B. Pongratz-Leisten, H. Kühne y P. Xella (eds.), *Ana sadi Labnani lu allik, Beiträge zu altorientalischen und mittelmeeischen Kulturen: Festschrift für W. Röllig*, Neurkirchen, 1997, págs. 12 ss.

⁶⁹ F. MAYET y C. TAVARES DA SILVA, *L'establishement phénicien d'Abul, Portugal*, Paris, 2000; F. MAYET y C. TAVARES DA SILVA, “Abul e a arquitectura orientalizante na costa portuguesa”, en D. Ruiz Mata y S. Celestino Pérez (eds.) *Arquitectura oriental y orientalizante en la Península Ibérica*, Madrid, 2001, págs. 250 ss.

⁷⁰ Z. HERZOG, “The fortress found at Tel-Arad: an interim report”, *Tel Aviv*, 29, 2002, págs. 3-109.

⁷¹ F. MAYET y C. TAVARES DA SILVA, *L'establishement...*, págs. 170-173.

convertirse en ciudades, aún antes de la llegada de los romanos. Pero una vez constatada la presencia de formas de vida protourbana y urbanas, es preciso proceder a una explicación e interpretación de las mismas. Cuestiones como los orígenes y la función de los asentamientos detectados son de suma importancia. Comercio y aculturación son frecuentemente invocados como responsables de los procesos de urbanización que explicarían en la Península el tránsito de los poblados de la Edad del Bronce a los de época ibérica y la final eclosión de las ciudades antes de la conquista romana. No obstante, el comercio, por importante que sea, no explica siempre por sí sólo la aparición de asentamientos urbanos, y se debe diferenciar también entre la eclosión de un urbanismo de raíces autóctonas y aquel que se produce por imposición (no necesariamente agresiva) colonial. Afirmar que la aculturación constituye una fuerza motriz que impele la transformación de las formas de vida aldeana típicas de la Edad del Bronce en los complejos protourbanos de época ibérica, resulta una explicación poco satisfactoria. Como en otros lugares⁷² la aculturación podrá sobre todo tener algo que ver con la aparición de nuevas técnicas constructivas y de planificación del hábitat importadas del contexto colonial, pero difícilmente dará razón de los cambios más profundos experimentados por unas sociedades que abandonan sus formas tradicionales de vida.

Es un hecho conocido por los antropólogos, al que sin embargo arqueólogos e historiadores no conceden siempre la debida atención, que si bien cabe esperar la presencia de una ciudad en el punto de convergencia de varias rutas comerciales, el comercio solo no puede ser tomado como explicación unifactorial. La propia opinión de los antiguos al respecto es bien significativa al inclinar la balanza decisivamente en favor de la agricultura y en contra del comercio y la producción manufacturera.⁷³ Claro está que hubo excepciones y algunas de las ciudades del mundo antiguo (Biblos, Tiro, Cartago, Egina, Qios, Massalia...) constituyen la muestra significativa de ello; pero al fin y al cabo, las excepciones no dejan de ser eso, excepciones, y siempre cabe preguntarse si realmente fue el comercio el único factor responsable de su aparición. Una observación más profunda puede llegar a revelar que el comercio constituyó más una causa de su desarrollo y engrandecimiento que de su aparición, como por ejemplo sucedió en Cartago.⁷⁴ Se podrá objetar que en la propia Península Ibérica, *Gadir* constituye el ejemplo más notable de la aparición de una ciudad a causa del tráfico comercial. Pero esto solo constituye una verdad a medias. No fueron tanto los beneficios producidos por el comercio,

⁷² M. PALLOTINO, "L'origine des villes protohistoriques de l'Italie centrale", *Saggi di antichità* 1, Roma, 1979, págs. 138-146; E. LEPORE, "La "hellenizzazione nell'Italia pre-Romana", *Storia della Società Italiana*, 1, Milán, 1981, págs. 261-268; DREWS, art. cit., *passim*.

⁷³ FINLEY, *op. cit.*, págs. 183 ss.

⁷⁴ J. ALVAR y C.G. WAGNER, "Consideraciones históricas sobre la fundación de Cartago", *Gerión*, 3, 1985, págs. 79-95; C. G. WAGNER, *Cartago. Una ciudad, dos leyendas*, Madrid, 2000, págs. 33 ss.

como la necesidad de disponer de un centro desde el que gestionar las actividades coloniales y de intercambio lo que decidió a los fenicios a fundar un santuario⁷⁵, en torno al que más tarde se desarrollaría la ciudad. El imperativo no fue tanto económico-mercantil cuanto administrativo e incluso ideológico. Y lo mismo podría aplicarse a muchas de las ciudades comerciales de la Antigüedad. Una prueba adicional la constituye el hecho de que disponer de un buen puerto no era requisito suficiente. Como ya señalara Finley⁷⁶ decir que Roma se volvió hacia el mar porque había llegado a ser una gran ciudad resulta más adecuado que lo inverso, y otros enclaves con excelentes situaciones portuarias, como Brindisi y Rávena, también en Italia, nunca consiguieron convertirse en grandes centros de comercio.

Todo ello se corresponde bien con el localizado y restringido papel del comercio en las economías antiguas⁷⁷. En contra de la interpretación funcionalista más habitual cabe resaltar que el control del comercio y la aparición de sistemas de intercambio no están siempre, ni siquiera frecuentemente, en la base de los procesos de estratificación social que llevan a la aparición de las ciudades y formas complejas de administración y gobierno. Como ha sido señalado, el comercio no fue el responsable de la aparición de las elites durante la Edad del Bronce europea, ya que concernía principalmente a bienes de prestigio, y no a elementos susceptibles de incrementar el excedente agrícola controlado por aquellas⁷⁸. Esto no quiere decir que en determinadas circunstancias de especialización regional o cuando los intercambios afectan directamente el sector básico de la subsistencia en la economía, el control del comercio no se constituya en factor de emergencia de las élites y de desarrollos urbanos paralelos. También se ha argumentado que durante la Edad del Bronce, la aparición de sistemas redistributivos de jerarquía y prestigio en la Península no tuvo tanto que ver con el comercio lejano y el desarrollo de sistemas de intercambio de tipo “centro/periferia”, como con la necesidad de control sobre los recursos críticos⁷⁹. Si en los posteriores desarrollos de la Edad del Hierro, urbanismo y estratificación social van comúnmente asociados, como se ha visto, y en la Península el comercio protohistó-

⁷⁵ M^a E. AUBET, “El impacto fenicio en Tartessos: las esferas de interacción”, *La cultura tartésica en Extremadura: Cuadernos Emeritenses*, 2, Mérida, 1991, págs. 37 y 38.

⁷⁶ FINLEY, *op. cit.*, págs. 181 ss.

⁷⁷ P. GARNSEY, K. HOPKINS y C. R. WHITTAKER (eds.) *Trade in the Ancient Economy*, Berkeley y los Angeles, 1983; C. G. WAGNER, “Precios, ganancias, mercados e Historia Antigua”, en A.J. de Miguel Zabala, F. E. Álvarez Solano y J. San Bernardino Coronil (eds.) *Arqueólogos, historiadores y filólogos. Homenaje a Fernando Gascó*, II, *Kolaios*, 4, 1995, págs. 805 ss.

⁷⁸ A. GILMAN, “The Development of Social Stratification in Bronze Age Europe”, *Current Anthropology*, 22, 1, 1981, pág. 5.

⁷⁹ R. CHAPMAN, “Autonomy, ranking and resources in Iberian prehistory”, en C. Renfrew y S. Shennan (eds.) *Ranking, Resource and Exchange. Aspects of the archaeology of early European society*, Cambridge, 1982, págs. 46-51.

rico concernía también fundamentalmente a bienes de prestigio, difícilmente entonces ha podido constituirse en un factor que origine el tránsito de las formas de vida aldeanas a las urbanas. Parece más bien que fue la mayor complejidad lograda en las técnicas de producción agrícola, como en el caso ibérico, el factor fundamentalmente responsable de la aparición de excedentes cada vez mayores que permitieran una mayor especialización, y por lo tanto de eclosión final de las ciudades.

Como ya se ha señalado en relación al Bronce Final en territorio tartésico⁸⁰, un incremento de la población, que puede explicarse por causas internas (sociales, económicas, biológicas y ecológicas) que crean condiciones favorables, puede estimular la producción, el desarrollo técnico y cultural, intensificar la economía y la organización social y, en consecuencia, acelerar el proceso hacia el cambio cultural. Pero es necesario que este crecimiento de la población esté acompañado de ciertas condiciones (ambientales y/o humanas) de “circunscripción territorial”, ya que si no, puede resolverse en una segmentación de las comunidades preexistentes que no implica una mayor complejidad productiva. Al mismo tiempo deben darse facilidades de acceso a recursos y materias primas que constituirán la base tecnológica del nuevo sistema de producción. Si todo ello se cumple, la especialización en agricultura (como ocurre con los policultivos mediterráneos) debe normalmente ser acompañada por un incremento de la especialización en otras formas de la producción⁸¹. Otro punto de vista sostiene en la necesidad de proteger las mayores inversiones en esfuerzo y recursos y el carácter más permanente de los trabajos que requieren una agricultura especializada, el arranque de los procesos de estratificación social.⁸²

La intensificación y desintensificación de la producción agrícola, junto con las correspondientes formas de tenencia de la tierra y de estructura social, producirán cambios en los patrones de asentamiento que pueden ser percibidos mediante la elaboración y aplicación de modelos pertinentes.⁸³ La intensificación de la producción conlleva normalmente la concentración de los asentamientos como una respuesta al abandono de las áreas marginales cuyo potencial agrícola se haya visto reducido a consecuencia de una sobreexplotación⁸⁴. El cambio tecnológico puede permitir la recuperación de dichas zonas y una nueva

⁸⁰ M^a E. AUBET, “Algunas cuestiones en torno al periodo orientalizante tartésico”, *Pyrenae*, 13-14, 1977-8, pág. 90.

⁸¹ T. CHAMPION, “Fortification, ranking and subsistence”, en C. Renfrew y S. Shennan (eds.) *Ranking, Resource and Exchange. Aspects of the archaeology of early European society*, Cambridge, 1982, pág. 64.

⁸² GILMAN, art. cit., *passim*.

⁸³ J. BINLIFE, “Settlements patterns, land tenure and social structure: a diachronic model”, en C. Renfrew y S. Shennan (eds.), *Ranking, Resource and Exchange. Aspects of the archaeology of early European society*, Cambridge, 1982, págs. 106-111.

⁸⁴ CHAMPION, art. cit., pág. 63.

reordenación de los patrones de asentamiento. Ahora bien, el proceso de urbanización no debe entenderse siempre como una evolución gradual en crecimiento y complejidad, ni como un proceso irreversible. Cambios súbitos en los patrones de asentamiento⁸⁵ que implican traslados y abandonos, son por el contrario responsables de nuevas secuencias dotadas de mayor complejidad que los estadios anteriores. Por otra parte, la experiencia acumulada por la investigación en muchos y muy diversos sitios demuestra que no existe tampoco un único contexto inicial para los procesos de urbanización. Así, centros de características urbanas han podido desarrollarse desde supuestos muy distintos: a partir de una pequeña aldea originaria, en torno a un primitivo santuario rural, mediante ese fenómeno de agregación que conocemos como “sineicismo” (confluencia de pequeñas aglomeraciones o absorción de las otras por una de ellas), y también a partir de un poblamiento disperso que en una fase posterior se nucleariza.

Como en otros lugares de Europa⁸⁶ la aculturación y el comercio es más un síntoma de la presencia de elites aristocráticas que una causa de las mismas. Con todo, es necesario considerar también que la urbanización no es un proceso irreversible, y que, sobre todo, lo que entendemos por “mundo ibérico”, constituye un mosaico integrado por distintos ambientes socioeconómicos y políticos, lo que dará lugar a una disparidad de procesos y a una diversidad de ritmos. Poblados y aldeas preurbanas, asentamientos más grandes y complejos que podemos definir como villas protourbanas, santuarios rurales o recintos fortificados con hábitat interior nuclearizado, pueden todos llegar a adquirir la categoría de un “lugar central”. La pervivencia en unos casos de formas de organización tribal o aldeana no tiene parangón con la aparición, en otros, de contextos protourbanos y ciudades.

EL IMPACTO DEL URBANISMO FENICIO EN EL ÁMBITO AUTÓCTONO

La primera distinción pertinente establece una diferencia neta entre la adopción de las técnicas constructivas y la adopción de la mentalidad y usos que subyacen tras una determinada concepción del espacio doméstico y la organización del hábitat. En líneas generales se puede afirmar que las sociedades autóctonas adoptaron algunos elementos y soluciones constructivas propias del urbanismo fenicio, como la planta cuadrangular de las viviendas y el empleo de revestimientos elaborados recubriendo la superficie de las estructuras, pero no la concepción ni distribución de la casa fenicia de varias estancias, cerrada al exterior y abierta a un patio interior⁸⁷. Aún así, en algunos lugares, como San Bartolomé de Almonte

⁸⁵ COLLIS, art. cit., págs. 75 ss; CHAMPION, art. cit., pág. 63.

⁸⁶ GILMAN, art. cit., pág. 8.

⁸⁷ E. Díes Cusí, art. cit., págs. 91 ss.

(Huelva), El Cerro de la Encina (Monachil, Granada), Galera (Granada) o la Colina de los Quemados (Córdoba) se mantiene el hábitat de cabañas. Y en otros, a pesar de la instalación de población fenicia en un sector del asentamiento, como ocurre en la Peña Negra (Crevillente, Alicante), el panorama es el de una falta de homogeneidad que alterna la pervivencia de técnicas -muros de tapial- y estructuras -planta circular, banco corrido- propias de la tradición local con la presencia de innovaciones, sobre todo enlucidos y revestimientos, muros de adobe aunque de forma minoritaria, y plantas en ángulo recto que podemos atribuir, al menos en parte, ya que las casas angulares están también presentes entre las viviendas más antiguas, a la influencia fenicia⁸⁸. Por otra parte, la aceptación de los elementos arquitectónicos y las técnicas constructivas de los fenicios parece haber sido bastante lenta en algunas regiones, como en Los Alcores de Sevilla, la zona costera al este del Estrecho, pese a la temprana y abundante presencia de asentamientos fenicios, o el área del SE peninsular, y sólo cristalizan a fines del siglo VII e inicios del VI, en contraste con lo que se observa en el zona de Huelva o en Cástulo⁸⁹, por lo que podemos hablar de un impacto muy desigual en el tiempo y el espacio. Por otra parte, se trata de un urbanismo que imita más el aspecto que el contenido o la funcionalidad de las viviendas fenicias.

En lo que a la arquitectura pública o “monumental” concierne, los datos disponibles sugieren una temprana presencia fenicia en los sitios en que se constata. Así, en Tejada la Vieja (Huelva) la aparición de construcciones con zócalo de piedra y planta rectangular, un urbanismo planificado en torno a calles de trazado rectilíneo⁹⁰ y una muralla construida con técnica fenicia⁹¹ parecen responder al asentamiento de población fenicia a finales del siglo VII a. C.⁹², mientras que la presencia en Quinta de Almaraz (Almada, Portugal) de un foso similar al de Castillo de Doña Blanca, de un vaso de alabastro y pesos cúbicos de plomo muy parecidos a los encontrados en el Cerro del Villar ha sido interpretada, al menos a nivel de hipótesis, en el mismo sentido⁹³. En Montemolín (Marchena, Sevilla) han salido a la luz, junto a una vivienda fenicia, restos y plantas de edificios (c y d) que tienen su origen en Siria y Fenicia, con gran desarrollo en los siglos VIII-VII a. C.⁹⁴. Un análisis minucioso del registro arqueológico y el estudio faunístico realizado ha permitido identificar

⁸⁸ A. GONZÁLEZ PRATS, “Arquitectura orientalizante en el Levante peninsular”, en D. Ruiz Mata y S. Celestino Pérez (eds.), *Arquitectura oriental y orientalizante en la Península Ibérica*, Madrid, 2001, págs. 174 y 177.

⁸⁹ DÍES CUSÍ, art. cit. págs. 99 ss.

⁹⁰ J. FERNÁNDEZ JURADO, y C. GARCÍA SANZ, “Arquitectura orientalizante en Huelva”, en D. Ruiz Mata y S. Celestino Pérez (eds.), *Arquitectura oriental y orientalizante en la Península Ibérica*, Madrid, 2001, págs. 166 ss.

⁹¹ E. DÍES CUSÍ, art. cit. pág. 95.

⁹² C.G. WAGNER, “Elites, parentesco y dependencia en Tartessos”, en M^a. M. Miró, J.M. Casillas, J. Alvar y D. Plácido (eds.) *Las edades de la dependencia*, Madrid, 2000, págs. 333; cf. E. DÍES CUSÍ, art. cit., pág. 100.

⁹³ A.M. ARRUDA, *Los fenicios en Portugal...*, pág. 110.

⁹⁴ E. DÍES CUSÍ, art. cit., pág. 101

uno de ellos, el denominado edificio d, como parte de un centro ceremonial en el que se llevaban a cabo ofrendas y sacrificios⁹⁵. Por otro lado, la iconografía orientalizante de las cerámicas policromas de este yacimiento se ha considerado propia de individuos que, pese a su ascendencia foránea, llevan viviendo largo tiempo en la Península⁹⁶. Todo hace pensar en un grupo de población fenicia que reside en el asentamiento⁹⁷. Otro tanto puede decirse respecto de Cástulo (Linares, Jaén) aunque aquí, como en Montemolín, la aparición de las construcciones “fenicias” es más temprana, dándose en la segunda mitad del siglo viii a. C.⁹⁸ Intervenciones arqueológicas recientes en el Cerro de San Juan en Coria del Río (Sevilla), han sacado a la luz sectores de un santuario y viviendas adyacentes que formarían parte de un barrio fenicio ubicado en la *Caura* tartésica, por aquel entonces situada junto a la paleodesembocadura del Guadalquivir⁹⁹.

En el Carambolo pudo haber existido un santuario de Astarté, como en ocasiones se ha defendido y los últimos descubrimientos vengán tal vez a avalar. También se ha señalado que: *El Carambolo recibe precisamente su nombre del hecho de ser uno de los promontorios mas elevados de la cornisa oriental del Aljarafe, y desde luego el más cercano a Sevilla de dicho otero, en línea recta hacia poniente. Así que, si esta última ciudad es una fundación fenicia como quiere la leyenda y sugiere el propio topónimo Spal¹⁰⁰, no debería extrañarnos la presencia de un santuario oriental en sus inmediaciones¹⁰¹*. Parece, por tanto, que podría tratarse de dos recintos que serían complementarios y de fundación coetánea promovida por los fenicios hacia mediados del siglo viii a. C., según una revisión reciente de algunos de los materiales ya conocidos, en un lugar que entonces se encontraba muy próximo al litoral¹⁰².

⁹⁵ F. CHAVES TRISTÁN y M^aL. DE LA BANDERA, “Aspectos sobre el urbanismo en Andalucía Occidental durante los siglos VII-VI a. C a la luz del yacimiento de Montemolín (Marchena, Sevilla)”, *Atti del 2º Congresso Internazionale di Studi Fenici e Punici*, Roma, 1991, vol. II, págs. 691-714.

⁹⁶ F. CHAVES TRISTÁN y M^aL. DE LA BANDERA, “Problemática de las cerámicas orientalizantes y su contexto”, en J. Untermann y F. Villar (eds.) *Lengua y Cultura en la Hispania prerromana, V Coloquio sobre lenguas y culturas prerromanas de la P. Ibérica*, Salamanca, 1993, págs. 71 ss.

⁹⁷ J.M. BLÁZQUEZ, “El poblado de La Muela y la fase orientalizante en Cástulo”, *Fenicios, griegos y cartagineses en Occidente*, Madrid, 1992, págs. 88-109.

⁹⁸ E. DÍES CUSÍ, art. cit., págs. 69-122.

⁹⁹ J.L. ESCACENA y R. ZQUIERDO, R., “Oriente en Occidente: Arquitectura civil y religiosa en un “barrio fenicio” de la *Caura* tartésica”, en D. Ruiz Mata y S. Celestino Pérez (eds.) *Arquitectura oriental y orientalizante en la Península Ibérica*, Madrid, 2001, págs. 159-171; J.L. ESCACENA, “Dioses, toros y altares. Un templo para Baal en la antigua desembocadura del Guadalquivir”, *Ex Oriente Lux: Las religiones orientales antiguas en la Península Ibérica*, Sevilla, 2002, págs. 33-75.

¹⁰⁰ A. DÍAZ TEJERA, *Sevilla en los textos clásicos greco-latinos*, Sevilla, 1982, pág. 20; E. LIPINSKI, “Vestiges phéniciens d’Andalousie”, *Orientalia Lovaniensia Periodica*, 15, 1984, pág. 100.

¹⁰¹ M^a BELÉN Y J.L. ESCACENA, “Interacción cultural...” pág. 86.

¹⁰² O. ARTEAGA, H.D. SCHULZ y A-M. ROOS, “El problema del ‘Lacus Ligustinus’. Investigaciones geoarqueológicas en torno a las marismas del bajo Guadalquivir”, en M. Pellicer (ed.) *Tartessos. 25 años después*, Jérez de la Frontera, 1995, págs. 99-135.

La fundación del más antiguo santuario de Cancho Roano (Zalamea de la Serena, Badajoz) sobre una construcción ovalada que se encontró en los niveles más bajos del yacimiento, siguiendo una pauta que conocemos en otros lugares, como El Carambolo, Mesa de Setefilla o Montemolín, responde a un estímulo exterior¹⁰³ que, sin embargo, no parece que haya sido protagonizado por gentes tartésicas, habida cuenta de la existencia de una serie de edificios sacros superpuestos de arquitectura oriental, con paralelos estructurales y funcionales en Oriente, lo que está sugiriendo la presencia misma de los fenicios¹⁰⁴, más aún si se considera la estrecha relación de su última fase con la que presenta el edificio de Abul, en la desembocadura del Sado, un lugar claramente fenicio en función de los enclaves autóctonos de Alcácer do Sal y Setubal.¹⁰⁵ Cancho Roano es otro ejemplo más, en este caso tardío, de urbanismo difuso. Ahora bien, como se ha dicho, *en el análisis del funcionamiento económico de los santuarios caben perspectivas muy diferentes. Su papel como reguladores o agentes económicos ha sido ya destacado; pero no menos interesante es su importancia como centros organizadores de ocupación territorial...*¹⁰⁶ Precisamente en Oriente, construcciones similares que presentan claros paralelos con los complejos arquitectónicos de Abul y Cancho Roano sugieren por su ubicación en tierras del interior, alejados de la costa o de algún estuario, un claro interés en la penetración territorial¹⁰⁷

La función económica y política del territorio en los asentamientos urbanos fenicios de época arcaica, sean ciudades o no, es algo que los datos disponibles permiten evaluar cada vez mejor. Las fortificaciones de sitios como Alarcón o Cabezo Pequeño del Estaño implican un claro interés en el territorio circundante al asentamiento además de en la defensa del mismo y la aparición de enclaves secundarios es una prueba de su explotación. Resulta llamativo comprobar como, en algunos casos, la presencia de población autóctona en el entorno productivo más cercano no se produce hasta la instalación del enclave colonial en

¹⁰³ S. CELESTINO PÉREZ, “Intercambio y estructuras comerciales en el interior de la Península Ibérica”, en P. Fernández Uriel, C. G. Wagner y F. López Pardo (eds.) *I Coloquio del CEFYP: Intercambio y comercio preclásico en el Mediterráneo*, Madrid, 2000, pág. 147; *idem*, “Los santuarios de Cancho Roano. Del indigenismo al orientalismo arquitectónico”, en D. Ruiz Mata y S. Celestino Pérez (eds.) *Arquitectura oriental y orientalizante en la Península Ibérica*, Madrid, 2001 pág. 36.

¹⁰⁴ F. LÓPEZ PARDO, “Sobre la función del edificio singular de Cancho Roano (Zalamea de la Serena, Badajoz)”, *Gerión*, 8, 1990, págs. 141-162.

¹⁰⁵ A.M. ARRUDA, *Los fenicios en Portugal...*, págs. 86 ss.

¹⁰⁶ J. ALVAR, “Actividad económica y actitud religiosa. Perspectivas para el análisis de la interacción de la religión y la economía”, *Arys. Antigüedad: Religiones y Sociedades*, 2, 1999, pág. 12.

¹⁰⁷ HERZOG, art. cit., págs. 3-109; Z. GAL, “Hurbat Rosh Zayit and the Early Phoenician Pottery”, *Levant*, XXIV, 1992, págs. 173-186.

la costa, como se observa, por ejemplo, en el curso medio y bajo del Guadalhorce¹⁰⁸ o en el litoral occidental de Málaga¹⁰⁹, y en otros, como sucede en el resto de la costa malagueña o en el tramo de la desembocadura del Almanzora, “coincidiendo con la segunda fase colonizadora de expansión de los fenicios occidentales en el siglo VII a. C.”¹¹⁰. Precisamente en zonas donde el impacto de la arquitectura y el urbanismo fenicio sobre las sociedades autóctonas del interior se constata tardío y superficial¹¹¹.

Estos territorios, aunque en ocasiones pequeños, junto con el modelo de agricultura intensiva diversificada que parece haber sido aplicado en ellos, habrían sido suficientes para asegurar el abastecimiento de la población colonial. Los análisis paleobotánicos procedentes de sitios como Doña Blanca, Cerro del Villar o Villaricos muestran la presencia de cereales y un alto porcentaje de malas hierbas asociadas al cultivo cerealístico y sugieren un entorno donde abundaban los campos de cultivo y la realización de trabajos de trilla, cribado o tamizado del grano en el mismo asentamiento o en sus cercanías¹¹². Los análisis antracológicos de los restos carbonizados de madera de Castillo de Doña Blanca han revelado una diversidad de taxones que implica la utilización de espacios abiertos y de cultivo, así como marismas y zonas forestales¹¹³. De *Gadir*, cuyo templo de Melkart no era sino una dependencia del palacio de Tiro¹¹⁴ sabemos por las fuentes (Justino, XLIV, 5, 3) que poseía un territorio que pasó a disposición de Cartago como consecuencia de la ayuda prestada en un conflicto contra las vecinas poblaciones autóctonas, lo que una reciente investigación ha venido a constatar de forma bastante evidente¹¹⁵. Pero es preciso, sin duda, seguir avanzando en el conocimiento de todos estos territorios coloniales.

¹⁰⁸ M^aE. AUBET y A. DELGADO, “La colonia fenicia del Cerro del Villar y su territorio”, en C. Gómez Bellard (ed.) *Ecobistoria del paisaje agrario: La agricultura fenicio-púnica en el Mediterráneo*, Valencia, 2003, págs. 66 ss.

¹⁰⁹ F. LÓPEZ PARDO y J. SUÁREZ PADILLA, “Aproximación al conocimiento del paleoambiente, poblamiento y aprovechamiento de los recursos durante el primer milenio a. C. en el litoral occidental de Málaga” en C. Gómez Bellard (ed.) *Ecobistoria del paisaje agrario: La agricultura fenicio-púnica en el Mediterráneo*, Valencia, 2003, págs. 81.

¹¹⁰ J.L. LÓPEZ CASTRO, “Baria y la agricultura fenicia en el extremo occidente”, en C. Gómez Bellard (ed.) *Ecobistoria del paisaje agrario: La agricultura fenicio-púnica en el Mediterráneo*, Valencia, 2003, pág.103.

¹¹¹ DÍES CUSÍ, art. cit., págs. 104 s

¹¹² E. GRAU y G. PÉREZ JORDÁ, “Recursos agrícolas...”, pág. 45.

¹¹³ M.T. LÓPEZ DE ROMA, “Charcoal analysis of remains of Castillo de Doña Blanca (Puerto de Santa María, Cádiz)”, en E. Roselló y A. Morales (eds.) *Castillo de Doña Blanca: Archaeo-environmental investigations in the Bay of Cádiz, Spain (750-400 BC)*, Oxford, 1994, BAR Int. Series 593, págs. 35-36.

¹¹⁴ C.G. WAGNER, “Comercio lejano, colonización e intercambio desigual en la expansión fenicia arcaica por el Mediterráneo”, en P. Fernández Uriel, C. G. Wagner y F. López Pardo (eds.) *1 Coloquio del CEFYP. Intercambio y comercio preclásico en el Mediterráneo*, Madrid, 2000, pág. 89.

¹¹⁵ P. CARRETERO POBLETE, *Las ánforas tipo “Tiñosa” y la explotación agrícola de la campiña gaditana entre los siglos V y III a. C.*, Madrid, 2004, (Tesis doctoral UCM).